

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Badajoz, al mes, ptas. . . 0 50
Fuera, trimestre 1 50
Extranjero, al año . . . 8 00
Número atrasado. . . . 0 25
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago anticipado.

ADMINISTRACION:

Vda. y Sob.º de Vicente T. Pérez
DROGUERIA.
Plaza de la Constitución, 9.

LA LID CATOLICA.

ADVERTENCIAS.

Se publica los días 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes.

Los escritos se publicarán bajo la responsabilidad de sus autores.

No se devuelven los originales.

Se dará cuenta de toda obra que se reciba.

Director-Propietario: Don Anselmo Juan y Baldó.

No se ha de agradecer á los hombres en lo que sea contra la fe, contra la honestidad, contra la religión.—(San Julián de Toledo). El cristiano ha nacido para la lucha, y cuanto ésta es más encarnizada, con el auxilio de Dios, más segura es la victoria.—(León XIII). Cuando se escribe contra los vicios, sin nombrar á las personas, todo aquel que se enoja se acusa á sí mismo.—(San Jerónimo).

ENTRE ARENAS.

La autoridad es absolutamente necesaria en todos los órdenes de la vida humana, hasta el punto de que no puede concebirse sociedad compuesta de seres racionales sin ese lazo que una todas las partes de la misma con una entidad superior que instruye, dirige, gobierna, legisla, castiga y premia á los que le están sometidos. Desde el niño que en su casa reconoce y acata la autoridad de sus padres, y en la escuela la de su maestro, hasta el hombre que forma parte de un organismo político, administrativo, militar, religioso ó de otra clase cualquiera, todos prestan homenaje á esa necesidad de la subordinación, sin la cual la sociedad se convertiría, según frase muy vulgar, en merienda de negros.

Esto es tan evidente, que el tratar de demostrarlo, en vez de añadir luz, oscurecería lo que resulta claro, indudable para todo el que tenga sentido común. Aun las agrupaciones políticas que se precian de profesar las ideas más avanzadas, tienen, como ellas dicen, su jefe indiscutible, y lo que éste resuelva tuerto ó derecho, eso se acepta, sacrificando frecuentemente algunos sus propias opiniones en aras de la disciplina del partido.

Pero si en el orden político ó administrativo se reconoce esa necesidad de unión de los miembros con la cabeza tratándose del orden moral y religioso, la necesidad es más imperiosa, se impone con fuerza más incontrastable, y por decirlo de una vez, no se concibe sociedad religiosa sin dogmas, sin autoridad infalible que los sostenga, como venidos de Dios, los defina y obligue con sanción penal á creerlos y defenderlos; como no se concibe que un hombre se llame creyente en Religión, y con su conducta desmienta la cualidad de tal, permitiendo impasible, cuando no aplaudiendo, los ataques á la fé que profesa.

Vengamos á la aplicación de estos principios tan elementales. El catedrático don Anselmo Arenas, con un título profesional dado por un Estado católico, y cobrando un sueldo que se paga con las contribuciones de los católicos, publica unas obras de texto, plagadas de errores religiosos, no menos que de disparates científicos. Salió al encuentro en el estadio de la prensa un valiente campeón del catolicismo, que pone de relieve, como hoy mismo puede ver quien lo dudase, la ignorancia del catedrático y las heregias del libre-creyente. Sus correligionarios tratan de defenderle, y él, firme en sus errores, pasa á otro Instituto, llevándolos consigo, para seguir envenenando con ellos á los jóvenes católicos que tienen la desgracia de escuchar sus explicaciones. Pero, centinela vigilante en la casa de Israel, el metropolitano de Granada condena los libros de texto del profesor de Historia, y seguidamente hace lo mismo el Obispo de Badajoz.

¿Cuál es en este caso el deber de los que, según dicen, se honran con pertenecer á la Iglesia única verdadera? Primero: hacer públicas las censuras episcopales por todos los medios que estén en su mano; segundo: defender la conducta de los Prelados, probando que obran dentro de sus legítimas y sagradas atribuciones; tercero y por último, condenar lo que la Iglesia condene, representada en sus legítimos pastores y dar la voz de alerta á los padres de familia y á la juventud escolar para que eviten el contagio de esos perniciosos errores.

Al frente de este movimiento debe colocarse la prensa católica, cuyos medios son tantos y tan poderosos para oponerse á la avalancha de la prensa sectaria, racionalista é impía; y solo así merecerá el dictado de católico y la estimación y apoyo de

los buenos. Ahora bien, tengo sobre la mesa, recibidos hoy mismo, datos exactos de los periódicos que ven la luz en Badajoz, clasificados en la forma siguiente: dos republicanos (que toman el chocolate de espaldas) La Región y La Coalición; El Correo de Extremadura, sin color político determinado, aunque parece que mira á la izquierda, haciendo guiños á la democracia; El Orden, conservador, con alguna levadura fusionista, tomada del difunto Las Dos Provincias, y el Nuevo Diario de Badajoz, que se llama independiente, aunque hay quien lo califica de conservador-liberal.

Tal es la representación principal de la opinión pública en aquella capital, el Estado mayor de la prensa extremeña. Pregunto yo ahora: ¿Qué actitud ha tomado, y cual ha debido tomar en un asunto de tan vital interés como el de la condenación de los libros de Arenas?

Ya lo verá el curioso lector en el artículo siguiente, pues este va siendo demasiado extenso, y el andar entre arenas es molesto y hay que tomarlo con calma.

CASI-MTRO.

CARNAVAL.

He aquí una de las más ridículas fiestas, que nacida en medio del gentilismo y en tiempos de barbarie y atraso moral, ha venido celebrándose en los pueblos, que se precian de cristianos y cultos, sin que ni las nuevas luces ni la alta vida moral del décimonono siglo hayan sido bastantes poderosas á desterrar del seno de las Sociedades ilustradas una costumbre, que hoy carece ya de razón de ser, y como en todos tiempos de fundamento, racional y moral.

Este venturoso siglo en que han caído á tierra tantas y tantas supersticiones, no ha intentado siquiera la supresión de esas irracionales antiguallas; antes por el contrario ha procurado prolongarlo, empujando los carnavalescos excesos con gran anticipación y alargándolos hasta el santo tiempo, que Dios ha destinado especialmente para la purificación de las conciencias.

La razón de este contrasentido, porque contrasentido y lamentable contradicción es de llamar tanto contra las viejas preocupaciones y contra las que no lo son, tildar de tiempos bárbaros á los siglos ya pasados y luego conservar, fomentar y defender la más bárbara de sus supersticiones, la más estúpida preocupación y la más ridícula costumbre; la razón de este contrasentido, digo, es obvia.

Sensualista y frívolo, cual ninguno, este siglo no podía menos de aprovechar esta ocasión de satisfacer sus groseros apetitos, apoyarse en este pretexto para colmar su inextinguible sed de goces deleznales; y por eso conservó y conservará la fiesta del Carnaval, pero no con su carácter moderado de tiempos no lejanos, sino con mayor refinamiento é inmoralidad. Observemos.

Si bien el Carnaval fué siempre inmoral y ridículo, como contrario al buen sentido, y por lo tanto duramente censurado por la eterna guardadora de los principios de orden y moralidad, la Iglesia Católica, que en semejantes días llama á sus fieles hijos á los templos, para agruparse ante el verdadero Dios, que lleva á los pueblos hácia el progreso, como protesta viva contra las locuras y nefandas licencias, que en honor de sus dioses lúbricos, celebraban antes los ciegos gentiles y hoy sus imitadores, que se llaman hijos del progreso, (tal vez del mal); sin embargo, pues, de ser por naturaleza, origen y consecuencias abominable tal fiesta, en tiempos más cristianos y menos refinados revestía un carácter más sencillo, conten-

tándose muchas veces nuestros padres con lucidas y vistosas comparsas y tramoyas, propias de tales días.

Hoy no sucede así, van desapareciendo comparsas y mascaradas, que entre los excesos del Carnaval eran las más inofensivas, para concentrarse toda su algarazca y animación en bailes, que son entre los males de tal fiesta, el peor de los males. Si el baile, cosa indiferente en sí y hasta saludable en nuestras antiguas costumbres, al naturalizarse entre nosotros las más inmorales danzas de otros países, se ha convertido ya en un conjunto de movimientos y actitudes condenados por la moral cristiana, que es la moral al mismo tiempo del sentido común, júzguese si un hombre honrado y cristiano podrá asistir á esas inmundas bacanales que se llaman bailes de máscaras, fuente de interminables disgustos en el seno de las familias y de la honda corrupción en los individuos.

El solo hecho de cubrirse el rostro con un antifaz es una acción, innoble y poco formal en un hombre serio; porque ó se encubre y disfraza con el fin de mortificar á sus semejantes, ó con el fin de divertirse más á sus anchas ó sin fin preconcebido. Si con el primer fin, es un miserable, cobarde, que no tiene suficiente dignidad ni valor para dar sus quejas, formular sus resentimientos sino con el rostro cubierto á manera de criminal. Si lo hace con el segundo fin, es una manera de divertirse poco laudable, porque ha de ser á costa de la paciencia por lo menos de sus semejantes; tal conducta solo se concibe en hombres ligeros y vanos, que con tales fruslerías gozan. Si lo verifican sin fin alguno, es simplemente un tonto, porque es propio esto solamente de inocentes niños.

Como consecuencia de tales afirmaciones, basadas en la moral cristiana, en el sentido común y en la opinión de todos los hombres serios lo mismo de la antigüedad que de los modernos tiempos, los cuales todos á una condenan los excesos del carnaval; se puede asegurar que ningún hombre de buen sentido cubrirá su faz ni disfrazará su cuerpo y mucho menos un verdadero católico autorizará con su presencia bailes, que le están terminantemente prohibidos por su Madre la Iglesia y por su propia conciencia de hombre honrado.

JOSÉ SANZ ORTEGA.

LAS MÁSCARAS.

Supongo que á ustedes como á mí, nada les importará saber el origen más ó menos remoto de los cubre-rostros ó tapavergüenzas.

Aunque soy de opinión que la primera máscara fué el demonio, que se disfrazó de serpiente para engañar á nuestra común madre Eva.

Esto es una opinión. Pero en cuanto al significado de la palabra, no sé si se llama máscara, porque en estos días ve uno más caras, ó porque en realidad esta diversión cueste más cara que las otras.

Sea de ello lo que fuere, que á mí nada me ha de costar, es cierto que nos hallamos en plena situación enmascarada, y expuestos á doblar una esquina á sufrir uno de esos bromazos que le dejan á usted para morir.

—Diga V. D. Calixto. ¿No ha observado V. que esa antigua costumbre de disfrazarse y cubrirse el rostro con un trapo va desapareciendo ya casi por completo, y que esto revela que la humanidad ha dado un gran paso en el camino de la civilización?

—Hombre, diré á V., porque este fenómeno puede tener varias explicaciones, pero me parece que la más acertada es ésta:

ta; que antiguamente, cuando el hombre quería decir todas las desvergüenzas que se le venían á la boca, tenía que ocultar el rostro; y hoy puede decir las con la cara muy descubierta, y sin sonroja.

—Me aplastó. Pero en medio de todo, debo confesar que este carnaval es el que menos me asusta, y el que menos me da que pensar; todo queda reducido á unos cuantos mozalbetes que pretenden hacer reír con sus extravagancias, ó algunos chicos y chicas de buen humor que se divierten bailando al son que les tocan.

El carnaval que me asusta es el que dura todo el año.

Si, señor; todo el año es carnaval, porque todo el año hay caretas.

Y bromazos.

Y lo que más se presta á ello es la CARETA PROGRESO.

Todos los ignorantes, todos los que quieren pasar por grandes, siendo pequeños; todos los que quieren figurar sin tener figura; todos los que quieren vivir á sus anchas, sin Dios, sin ley, sin freno para sus apetitos, todos estos, digo, cubren su inutilidad científica y social con la CARETA PROGRESO.

Cualquier día del año, se encuentra usted sin querer, por supuesto, con uno de estos enmascarados, y de buenas á primera, le enjareta á usted una serie de palabras con honores de discurso, en donde se habla de desarrollo científico, de átomos, de transformaciones de la materia, de libertad, de ilustración y todo para deducir lógicamente que eso de Dios y del alma es una farsa intolerable.

¡Ah! ya te conozco, mascarita; tú eres un ignorante, que has mal comido y peor digerido cuatro párrafos insustanciales, que no aprovechan más que para llenar la cabeza de grillos, y ahora me los sueltas á quema ropa para que te crea ilustrado. Vaya que no me embromas.

A los pocos pasos da usted con otro que le emprende contra la Religión, diciendo mil pestes de los curas y de los frailes, y abogando por la supresión de los días festivos y porque se debían convertir los conventos en cuarteles y abolir los diez Mandamientos de la Ley de Dios, por lo antiguo y molestos, etc., etc.

¡Tate, tate!, ya te he conocido; tú eres un Ravachol en embrión, quiero decir, un pícaro de siete suelas, que deseas vivir desahogada y libremente, sin freno para tus desordenadas pasiones, y por eso te molestan los Mandamientos de Dios, y los curas que te lo recuerdan. No me engañas.

Hay, además, otras caretas. Como la del patriotismo, que se la ponen algunos políticos para escalar las gradas del poder y medrar á costa del pueblo.

Y la de economías, que sirve para reducir á su última expresión la RESITUCION que se hace al culto y clero de los intereses de ciertos bienes... enajenados.

Y la de mútua protección y fraternidad, que es la que usan los h. mandilíferos en los días de gr. ten. para engañar á los incautos.

Y la caridad para dar bailes y divertirse por todo lo alto. Francamente, á mí no me gustan las máscaras.

Porque no me gustan los bromazos. Y menos los de cierto género.

Me gustan los hombres formales y sinceros.

Por más que, dicho sea de paso, tanto montan que lleven, como que no lleven careta.

Al fin, todos nos conocemos.

Y sabemos quien siembra el bien, y quien esparraca el mal.

Porque la mona aunque se vista de seda, mona se queda. Y Cabrera

